

GREGUERIAS CON TOMATE

Su único pensamiento político —pobre señor!— es el que lleva puesto en su solapa.

A Solís se le nota que ha engordado en que le quedan cortas las corbatas.

¡Qué bueno es el borracho que quiso votar y para ello no tuvo más remedio que trepar a un farol de gas de los antiguos y depositar el voto!

¡Que cierren las puertas, que hay corrientes de ruidos!

Es tremendo pensar que lo que estoy pensando en este instante pertenece al pretérito imperfecto.

No hubo tal ovación: era un pulpo que estaba aplaudiendo.

«Tú naciste esclavo; no tienes derecho a la palabra»...

¡No, no, señor! Es una sentencia de Sócrates.

¿Por qué se cambian tarde de camisa?... Porque se ensucian con el tiempo, claro.

En la estela de plata de mis recuerdos se agita la del barco de mi destierro.

Aunque también parecen cruces no son cruces esos espantapájaros desnudos.

En un discurso sobre el Año Internacional de la Mujer oí esta frase que no sé si es que le faltó una pausa o estaba mal pronunciada: «¡Más vale mujeres sin honra que honra sin mujeres!»

No sé qué pensar de esto: los bueyes españoles son compatriotas míos.

SAMPELAYO

de ingeniería política y nunca por el procedimiento de la riada». Esta es la cuestión: ingeniería política. Como el Artificio de Juanelo (no como el Estado-Eficacia-Don Gonzalo, no).

Así que está claro. Ni extremismos, ni dejar que las riadas adopten un aire de chabacano Tamarguillo. Ingeniería. Técnica política. Sabiduría. Buenos puentes de una dirección. España tuvo siempre muy buenos ingenieros de obras públicas. Los primeros ingenieros de obras públicas españoles eran militares. Los primeros ilustrados españoles eran aristócratas y obispos, y luchaban contra los prejuicios». ¿Está bien así? ¿Llevo bien el tema, señorito? Esta oposición me parece que me la saco ¿Digo ahora lo del «cirujano de hierro» (siempre profesiones con título universitario, como debe ser) o pasamos a eso luego?

Ingeniería política: ingenieros políticos, sí. Pero también —es lógico— contratistas políticos, peritos políticos, maestros de obras políticas. Y peones. Peones políticos. Maniobras, le dicen en el sur. ¿Eventuales o fijos? ¿Con o sin ITP a cargo de la empresa? ¿Con comedor a pie de obra o con tartera? Estas son cuestiones que interesan al peonaje o la peonía. También interesa —a veces los peones abandonan los «prejuicios» y también se ilustran— por qué el puente se hace ahí y no en otra parte, por qué el canalillo o acequia riega esto y no lo otro.

Y a veces hay peones particularmente ilustrados que se preguntan por qué en nuestro país hay tal desprecio hacia las profesiones medias y nadie valora lo suficiente al perito, al maestro especialista, al oficial. Cuando los peones se conformarían con ser obreros especializados. ■ CAÑAVERAL.



SERRAT: PARA PIEL DE TORO

¿Y Serrat, qué es? ¿Un español de más, un español de menos, un español de más-menos? En la clasificación general del bunker, ¿cómo está Serrat? ¿Con positivos o con saldo de negativos? No, no las coge usted, mi querido amigo. Ya sé que el que usted dice es un español donde los haya. Pero no me estoy refiriendo precisamente al suyo, a Serrats Úrquiza, sino al nuestro, a Joan Manuel Serrat. El nuestro, Joan Manuel, Juan Manuel, que decimos los del resto del Estado español, ¿está porra dentro o está porra fuera? Si los chicos de Efe han cogido el teletipo rojo y el teletipo azul y se han ido para allá, ¿podrá coger Joan Manuel la paloma de Alberti y venirse para acá?

¿O si llega le dirán que se equivocaba, que creía que tu falda era

mi blusa, pero que mi chaqué sigue siendo la guerrera blanca con gafas oscuras de siempre? Si Aerolíneas e Iberia nos han anunciado la reanudación de estrechamiento de lazos, ¿puede Joan Manuel haber llegado ya, con Iberia o con Aerolíneas, poco antes de que den las diez? Si el licenciado Echeverría ya no es un hijo de su madre, sino un modélico padre de sus hijos, ¿puede Joan Manuel, que es padre soltero, venir a ver el suyo?

¿Qué es Serrat? ¿Tiene carnet sindical o ha de volver a pasar el examen y cantar «Doce cascabeles lleva mi caballo» ante un jurado de funcionarios verticales de subida y bajada? Su nombre, ¿me sabe a hierba o me sabe todavía a esparto? Su voz, ¿se puede oír en la radio o no se puede oír?

Serrat, ¿existe o no existe? Que lo digan, ¿no? Así podríamos por lo menos tachar un español más y ponerle un nuevo adjetivo a la concordia. Su último álbum se llamaba «Para piel de manzana». Sin quererlo, el último de verdad va a ser un LP que nunca grabará y que se llama «Para piel de toro». Y si yo fuera catalán, lo diría con un verso de Salvador Espriu. Nada más que para que se enteren de que no, que todos sabemos lo que es Serrat. La paloma de Alberti no se equivoca nunca. Ellos, sí. Años equivocándose ■ MORA.

TODOS DEMOCRA- TAS

Recuerdo, hace siglos ya, un pintor que se enfadó mucho conmigo porque le dije que a la puerta de su última exposición lo que había que poner era un letrero que dijese: «¡Cuidado con la pintura!», pero la verdad es que la gente se pasa de suspicaz, porque yo lo que quería decir era que, de

pura prisa por exponer, él exponía siempre con la pintura aún húmeda.

Algo de eso nos pasa a nosotros, ahora que somos demócratas, que, como la democracia la tenemos todavía un poco húmeda y mal colgada, estamos siempre entre el tinte y la casa de Socorro, pues tanto monta monta tanto que se me pegue la democracia a la manga del traje o que se me caiga encima con marco y todo, y luego, si me descalabro o el tinte me cobra extra, de demócrata que me he vuelto, me tenga que pagar daños y perjuicios a mí mismo, porque el individuo, o sea, el ser indivisible en latín (in-dividuus), no es indivisible en absoluto en la democracia occidental, cristiana o no. El individuo en Inglaterra, país democrático si los hay, es es-



LA RENOVACION DEL AÑO

LOS modernos, que son unos desdichados, suelen protestar contra las fiestas «convencionales» y decir que les parece una solemne tontería eso de tener que divertirse a toque de calendario, sea el 31 de diciembre o el 14 de marzo. Y es que, claro, tal como están hoy las cosas, tienen su atisbo de razón. Estamos triste y miserablemente sometidos a que el calendario no tenga nada que ver con nuestros deseos y nos caiga encima como una ducha de días desconsolados. En el bosque atroz de los números negros aparecen regularmente las cifras rojas del descanso laboral, el toque de campana para que el jornalero perro pauloviano babe la saliva de la «fiestecita» semanal y se ponga en forma para el currelo del día siguiente. Es horrible. Yo no sé cómo con tantos calendarios como hay de la Unión de Explosivos, nadie se decide a dinamitar el año... Sin embargo, parece que al principio la cosa no era así. Las fiestas no eran fiestas, porque lo decretaba el calendario, sino que el calendario era calendario, porque recensionaba las fiestas. La esencia del calendario es festiva, no laboral. Son las fiestas las que preceden y fijan las calendadas, no al revés como ahora. La fiesta era lo real, lo definitivo, el presente sin máscara; el trabajo — que inventó la previsión, el futuro y el pasado — sólo cobraba sentido como preámbulo de la fiesta. Se trabajaba como cuando se preparan canapés y sangría para el guateque... Me diréis que en esta idílica descripción ya se atisba, quizá inevitablemente, la sombría inversión posterior. Sí, ahora ya lo sabemos: pero no estaba tan mal pensado...

El calendario primigenio no era, sin embargo, ingenuo ni bobalicónamente optimista. También señalaba los días nefastos del año, qué conmemoraban el lado sombrío, lo demoníaco de la vida. Según Hesíodo, era día aciago el cinco de cada mes; hoy suelen ser los cinco últimos días del mes los que más nos preocupan... Los antiguos vivían atentos a la fiesta y a la desdicha, es decir, a lo que sumerge sin rodeos en el presente. Se interesaban por aquello que, en el tiempo, anula el transcurso del tiempo mismo. La fiesta de renovación del año era una gozosa y esforzada reconquista del presente, de la intensa y única verdad del presente. Hoy, el año se renueva sin nuestra ayuda; la convención abstracta funciona sola, muy a nuestro pesar. Los días son iguales como los latidos del metrónomo, como el ritmo que marca el tambor del capataz de la galera... Como ya no se consienten fiestas, sólo nos queda esperar que la desgracia tenga a bien romper nuestra monotonía. Con la boca abierta por un perpetuo y desdichado bostezo, esperamos que la convención que nos vive nos haga algún regalo convencional que nos alivie de que todo siga igual: ¡que nos den algo, por favor: un crecepelo, matrimonio o democracia! ¡Que nos den la amnistía del año nuevo! ¡Que nos indulten del tiempo! ■

SAVATER

trictamente «dividuo», o sea que se puede dividir no ya en dos, sino en lo que haga falta. Todo es cuestión de crearse compartimentos estancos en la mente y cuidar de que no haya goteras de uno en otro, o, si las hay, que no se entere nadie; así el «dividuo» democrático occidental llega incluso a creérselo a sí mismo.

Claro que aún es temprano para poner en los comicios hispánicos letreros que adviertan: «¡Cuidado con la democracia!», entre otras razones porque todavía no hay comicios, vulgo elecciones; éstas son palabras, de paso sea dicho, que, aunque poco usuales ahora, cualquier hispánico de carrasclás entendería perfectamente: entre comicios y lecciones, la verdad, él no sabría qué elegir, dependería del menú en el primer caso y del programa en el segundo.

Aquí de lo que se trata es de que la gente cambie de ruta pero no de vehículo: «¿Qué te importa a dónde vas?», le dijo Julio César al barquero, «¡llevas a César!». Esta es la letra que mejor le va a cualquier música de nuestro actual folklore político. Tu, tranquilo, mientras lleves a César, vivo o muerto ■ **PARDO.**

SE VA A HUNDIR LA ITT

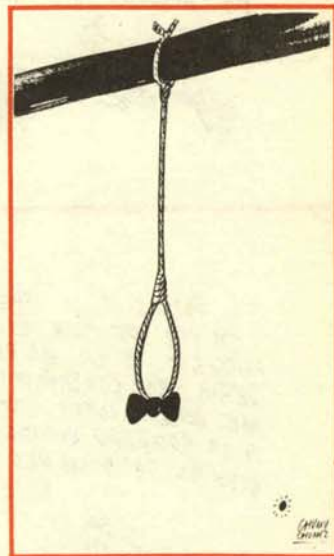
Esto sí que no nos lo esperábamos. La ITT, tan poderosa. La ITT, tan anuncios a doble página que si protegemos a la infancia, que si plantamos flores, que si estamos en todo. La ITT, que alirongo, alirongo, alirongo, un gobierno que me quite y que me ponga. La ITT, tan Pinochet.

Pues se acabó. Ni un golpe de estado más. Ni un sólo programador dedicado a establecer ritmos racionales de fusilamiento.

La ITT se va al garete. Lo ha dicho el jefe de Standard-ITT con motivo de las negociaciones del convenio: «Las exigencias económicas de los trabajadores hundirán a la empresa.»

Y no es sólo eso. La empresa «lamenta los ataques inadmisibles que ha recibido contra su dignidad». O sea, que ahora es verdad. Siempre se ha dicho que una empresa busca el beneficio. Pero Standard-ITT, no. Tiene una cosa hidalga, precapitalista: sentido del honor. Una empresa que lanza el guante al insolente rostro del ofensor: «elija las armas y envíeme sus padrinos». ¡Yupiiiiiii! Seguro que se hunde. Mira que no saber que las sociedades anónimas no tienen corazón. ¡Uhuuuuu! Luego dicen lo que dicen de las multinacionales: son menos científicas que los ensayos de Fernández de la Mora.

El anacronismo es total: «las exigencias económicas que se plantean hundirán a la empresa y



con ella a las 20.000 familias que la componen». Mira que no saber que las empresas las componen los accionistas y no las familias. La legislación laboral habla de «La Empresa» y de «El Trabajador». También habla de «la autoridad laboral» (que es la empresa). Lo de las familias debe venir en otra parte. Debe venir en los anuncios a doble página. ¿Cuántas familias hay en Chile? ¿Qué han pintado hasta ahora las 20.000 familias españolas de sus obreros en Standard-ITT? Pero bueno, ¿a qué viene esto? ¿Cuándo fue el último desalojo de Consejo de Administración, que me falla la memoria?

Desde luego, al paso que lleva, Standard-ITT se hunde. Confundir el capitalismo multinacional con los discursos de Peralta España, es un error gravísimo que no puede dejar de tener nefastas consecuencias. ■ **RECOLETOS.**